Las seis letras que cambiaron mi vida

Maite Aragonés

LAS SEIS LETRAS QUE CAMBIARON MI VIDA

Maite Aragonés

Avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2026
© Maite Aragonés, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88449-07-9
THEMA: FBA - FBC - DSGE
- HBLH - FL
DEPOSITO LEGAL: M-24076-2026

Este libro nace de unas páginas escritas y narradas
mucho antes de que yo pensara en contar una historia.
Son los diarios de mi abuelo y de mi madre:
fragmentos de vida, recuerdos y miradas sobre su tiempo.
En esas páginas encontré voces, momentos y emociones
que despertaron el deseo de contar una historia.
Sin embargo, la historia que sigue no pretende
ser una transcripción fiel de los hechos.
La memoria, la imaginación y la ficción
han llenado los espacios entre esas páginas.
Algunos momentos y emociones proceden
de aquellos diarios; el resto pertenece al territorio
de la invención.

Este libro está dedicado a mi madre,
a mi tío y a mis abuelos.

PRIMERA PARTE

EL COMIENZO DE MI VIDA

29 de mayo del 29, capicúa... Naciendo en esa fecha, se podría creer que mi vida iría acompañada de una gran suerte.

Pero ..., mil novecientos veintinueve fue un año recordado por el Martes Negro, El Crac del 29 y La Gran Depresión. Un año para ser olvidado.

> El crac del 29 fue el desplome más devastador del mercado de valores en la historia de los Estados Unidos, marcando el fin de la prosperidad de los «Felices Años 20» y el inicio de la Gran Depresión. El colapso se concentró en tres fechas clave: el «Jueves Negro» (24 de octubre), el «Lunes Negro» (28 de octubre) y, el más catastrófico, el «Martes Negro» (29 de octubre de 1929), cuando se negociaron más de 16 millones de acciones en un solo día.
>
> *(Información de Wikipedia)*

Todo ello provocó también una crisis financiera en otros muchos países.

Mucha gente se quedó sin trabajo y se arruinó. Hubo, por desgracia, un alto porcentaje de suicidios como consecuencia de lo ocurrido.

Creo que mi destino se escribió en el mismo momento en el que las manos de la enfermera me cogieron en brazos e inmediatamente me dejaron olvidada en una esquina. Lloraba con todas mis fuerzas. De fondo, los gritos de mi madre apagaban mis lloros: luchaba por su vida.

Un parto doble en 1929 era bastante arriesgado y peligroso.

Después de diez minutos de dolor y agonía pudieron sacarlo. Estaba morado y apenas respiraba; los azotes que aquella enfermera le propinaba hicieron que mi hermano rompiera, por fin, a llorar.

Mi padre esperaba angustiado al otro lado de la sala, deseando que todo saliera bien. Era consciente del riesgo que mi madre y también nosotros podíamos correr.

Después de un buen rato, una voz angustiosa preguntó por mí...

—La niña, ¿dónde está la niña?

La voz de mi madre apenas se oía. Estaba débil, muy débil, y fue un milagro que sobreviviera a aquello.

Yo seguía llorando desesperadamente. Tenía frío, mucho frío, hasta que unas manos me cogieron en brazos y me acercaron con mi madre. Me colocaron en su regazo, ese cuerpo ancho, caliente y seguro.

Agotada por los acontecimientos, me miró y, desde ese momento, dejé de llorar. Creo que fui consciente en ese instante, por increíble que parezca, de cuánto tendría que luchar a lo largo de toda mi vida.

Los primeros años de mi vida transcurrieron con la inocencia y curiosidad propias de cualquier niña. Yo era feliz en mi San Sebastián querido. No teníamos grandes lujos, pero la comida nunca faltaba en la mesa.

Mi madre era una mujer muy corpulenta, con mucho carácter. Había nacido en una época difícil, pero su condición de mujer nunca la detuvo a la hora de hacer lo que quiso.

Cuando era jovencita cogió un barco y se fue de voluntaria a Argentina, sola, como enfermera, una profesión que nunca estudió, pero que sí consiguió dominar.

Estuvo trabajando en varios hospitales, pasando por varias plantas para aprender todo lo que necesitaba y, aunque no pudo sacarse el título, llegó a saber todo lo necesario para dominar la profesión.

No era una mujer corriente para su época. Su calma y su coraje consiguieron salvarnos de muchas situaciones difíciles. No era una persona fácil, y la convivencia con ella a veces era complicada, pero siempre estaba ahí para lo que necesitásemos, y para nosotros eso era lo importante.

Mi padre era una persona calmada, con más formación que mi madre. Era un hombre justo y muy querido por los que le rodeaban. Alto y delgado, contrastaba mucho con mi madre. Tenía un gran sentido del humor. Su relación nunca fue una historia de amor perfecta, pero siempre estuvieron juntos, a pesar de la adversidad y de los momentos tan difíciles que tuvieron que afrontar a lo largo de sus vidas.

Juntos, siempre juntos.

España, en esa época, estaba sumida en un gran caos.

Antecedentes históricos

La Segunda República española, cuyo nombre oficial era República Española, fue el régimen democrático que existió en España entre el 14 de abril de 1931, fecha de su proclamación en sustitución de la monarquía de Alfonso XIII, y el 1 de abril de 1939, fecha del final de la Guerra Civil, que dio paso a la dictadura franquista.

Tras el período del Gobierno provisional (abril-diciembre de 1931), durante el cual se aprobó la Constitución de 1931, se iniciaron las primeras reformas. La historia de la Segunda República Española «en paz» (1931-1936) suele dividirse en tres etapas. Un primer bienio (1931-1933) durante el cual la coalición republicano-socialista presidida por Manuel Azaña llevó a cabo diversas reformas que pretendían modernizar el país. Un segundo bienio (1933-1935), llamado bienio radical-cedista, durante el cual gobernó la derecha, con el Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, apoyado desde el parlamento por la derecha católica de la Confederación

Española de Derechas Autónomas (CEDA), que pretendió «rectificar» las reformas izquierdistas del primer bienio. Durante este bienio se produjo el acontecimiento más grave del período: la insurrección anarquista y socialista conocida como Revolución de 1934, que en Asturias se convirtió en una auténtica revolución social y que finalmente fue sofocada por el Gobierno con la intervención del ejército. La tercera etapa viene marcada por el triunfo de la coalición de izquierdas conocida con el nombre de Frente Popular en las elecciones generales de 1936, y que solo pudo gobernar en paz durante cinco meses a causa del golpe de Estado del 17 y 18 de julio promovido por una parte del Ejército que desembocó en la Guerra Civil española.

(Información extraída de Wikipedia)

Mi hermano y yo vivíamos ajenos a toda esa situación. Supongo que mis padres la vivían de otra manera, con una gran preocupación por todo lo que estaba aconteciendo en España en esos momentos, pero en ningún momento sentimos toda esa incertidumbre que había en el país.

Mis padres nunca nos hicieron sentir ninguna inquietud y no nos demostraban ninguna inseguridad. Éramos felices yendo al colegio, jugando con nuestros

amigos...; en definitiva, haciendo una vida normal. Supongo que esa es una de las virtudes de la infancia.

Mi padre, por aquella época, ostentaba un cargo importante en el gobierno de la República. Una de las medidas que impulsó fue tratar de prohibir la mendicidad. Cuando localizaban a algún mendigo en la calle, se le llevaba a un albergue para proporcionarle un sitio donde dormir y comida. También se le ayudaba a encontrar un trabajo para que pudiera vivir.

No siempre resultaba, ya que había algunas personas que no querían ni estar en el albergue ni trabajar y, en cuanto podían, se iban.

Pero logró que la mendicidad se redujera en un porcentaje bastante alto. Él creía que era indigno dormir en la calle y vivir de la mendicidad. Seguramente habría personas que no estaban de acuerdo con él, pero él creía firmemente en ello.

Mis padres tenían bastantes amigos y nos reuníamos muchas veces en comidas o cenas. Todas las reuniones las hacían alrededor de una buena comida, y, por supuesto, un buen vino. Mi hermano y yo disfrutábamos mucho de esos momentos, jugando y entreteniéndonos con sus hijos.

Fue una de las mejores épocas que recuerdo de mi niñez.

Me encantaba ir al colegio y, como decía mi padre, éramos muy aplicaditos. El aprender cosas nuevas siempre me gustaba, aunque, según mis profesores, hacía muchas preguntas sobre todo. Siempre fui muy curiosa y no me conformaba con una simple respuesta.

Tenía muchos amigos y me divertía mucho jugando con ellos, al igual que mi hermano.

Cuando aprendí a leer, lo disfrutaba mucho. Los libros que más me gustaban eran los de aventuras, de piratas y todo lo que tuviera que ver con lugares lejanos y exóticos. Me sumergía en el libro y me imaginaba en esos sitios o peleando con espadas con los piratas. Cuando me preguntaban qué quería ser de mayor, yo siempre decía «pirata», algo que a mis padres les hacía mucha gracia.

A mi hermano, por el contrario, aunque también disfrutaba leyendo, le gustaban libros muy diferentes, más reales y con menos aventuras.

Éramos mellizos, pero muy distintos en casi todo.

Una noche me despertó un calor muy angustioso, fuerte y desagradable que procedía de mi cuerpo. Me sentía muy mal, estaba sudorosa y tenía un dolor muy intenso en el costado; cada vez que respiraba era como si me clavaran agujas.

Traté de levantarme, pero el dolor me lo impidió y volví a recostarme como pude. Llamé a mi madre, aunque mi voz apenas se oía.

Mi madre se levantó apresuradamente al escuchar mi voz desgarradora. Se acercó a mi cama y me tocó la frente: se dio cuenta de que tenía mucha fiebre. Preparó una palangana con agua fría y remojó un paño en ella.

Me lo puso en la frente para intentar bajar un poco la temperatura. Aunque la fiebre le preocupaba, le inquietaba mucho más el dolor que yo tenía en el costado. Su experiencia como enfermera le decía que algo no iba bien. Era tarde, pero decidieron llamar al médico y no esperar a la mañana siguiente. Era amigo de la familia y vino enseguida.

El doctor me exploró el pecho y se dio cuenta de que algo no funcionaba como debiera. Me costaba mucho respirar y el sonido de los pulmones no era normal. Se retiró fuera de la habitación para hablar con mis padres sin que yo pudiera oírles.

En principio, el médico pensó que podía ser una neumonía y que lo más conveniente sería que me llevaran al hospital para asegurarnos del diagnóstico con más pruebas. Le preocupaba mucho el dolor que tenía en el costado y en el pecho.

Mi madre me abrigó lo máximo que pudo, me cogió en brazos y me bajó a la calle, donde esperaba mi padre en el coche. Mi hermano me miraba muy asustado; sus ojos, un poco lagrimosos, demostraban su inquietud

Cuando llegamos al hospital tenía mucho frío. Mi madre me envolvió en una manta, pero el frío no desaparecía, y el dolor cada vez era más fuerte.

Al entrar, enseguida salió una enfermera y los médicos me cogieron en brazos y me tumbaron en una camilla. Estaba muerta de miedo y no le soltaba la mano a mi madre, la cual cogía con fuerza sin soltarla en ningún momento.

Me llevaron a otra sala y el médico pidió a mi madre que saliera de la habitación y que les dejara hacer su trabajo. Pero ella no estaba dispuesta a irse y dejarme sola allí.

—No pienso irme... —dijo muy seria—. Hagan lo que tengan que hacer. Soy enfermera y no me asusto por nada. No pienso moverme de aquí.

Las palabras de mi madre me tranquilizaron un poco. Tenerla conmigo, cogida de su mano, hacía que ese trance fuera más llevadero. Supongo que el médico

no quería discutir y, por alguna razón que desconozco, la dejaron quedarse.

Me hicieron muchas pruebas y mi madre no se separó de mi lado en ningún momento. Trataba, a su manera, de tranquilizarme apretando fuertemente mi mano con la suya y acariciándome la cabeza.

Cuando terminaron, hablaron con mis padres a solas.

Tenía pleuritis.

Era una enfermedad grave y, dada mi corta edad y mi delgadez, aún se complicaba más. Tenían que operarme rápidamente; no había otra opción.

Mi madre me miró fijamente a los ojos y me dijo que no me preocupara, que todo iba a salir bien y que pronto me quitarían ese dolor.

No sé cómo mi madre lo consiguió, pero estuvo conmigo durante toda la operación. El saber que ella estaría allí, conmigo, me tranquilizó mucho, hasta que me quedé dormida por la anestesia. Tuvieron que hacerme una incisión en el costado a la altura de la pleura y colocar dentro un tubo para que drenara hacia fuera todo el líquido infectado. La operación en sí no era muy complicada; lo peligroso y delicado era lo que vendría después.

Estuve en el hospital unos días, no sé cuántos; mi madre no se separó de mí en ningún momento, ni de